

ALFAGUARA

# Álvaro Uribe

## Caracteres



Narrativa Hispánica

# Álvaro Uribe

## Caracteres

ALEAGUARA

The logo for Aleaguara, featuring a stylized, symmetrical knot or interlocking pattern.

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

A Tedi López Mills,  
coautora intelectual de muchos de estos  
*Caracteres*.

«Si estos *Caracteres* no gustan, me asombro; y si gustan, me asombro igual.»

Jean de La Bruyère, *Los caracteres o las costumbres de este siglo*

## Prólogo: El carácter de los *Caracteres*

Como los escritores que los practican, los géneros literarios tienen fecha y lugar de nacimiento. No habría poesía épica sin la *Ilíada*, lírica sin Estesícoro, diálogo filosófico sin Platón. Tampoco, más modestamente, habría caracteres sin Teofrasto (371 a.C. – 287 a.C.).

Nacido en Ereso, en la isla de Lesbos, se llamaba Tírtamo, pero Aristóteles (a quien sucedió a la cabeza de la escuela peripatética de filosofía) le dio su nombre duradero, que significa “el que frasea como los dioses” o “el del lenguaje divino”.

Diógenes Laercio le atribuye a Teofrasto 227 títulos, con un total de 230,808 renglones. De esa obra ingente, que abarcaba desde la metafísica hasta la botánica y la mineralogía, sobrevive aca-so la décima parte. Una porción mínima de los restos la constituyen los treinta bosquejos o caricaturas de personajes arquetípicos, prototípicos o meramente típicos que la posteridad conoce como *Caracteres morales* (*Ethikoi Xaraterês*).

La dilatada historia de los *Caracteres* pasa por los bizantinos Juan Tzetzes y Eustacio, que en el siglo XII los usaron para enseñar retórica; por la traducción al latín de Lapo de Castiglionchio (1430); por varios autores ingleses del siglo XVII y, al fin, por el moralista Jean de La Bruyère (1645-1696), que los tradujo al francés y los continuó con 1,120 textos agrupados en 16 capítulos para componer su obra maestra, *Los caracteres o las costumbres de este siglo*.\*

Comprimidos en una o a lo sumo dos páginas, los *Caracteres* de Teofrasto comienzan con una definición del vicio o el vicioso estudiados (la rusticidad, el complaciente, la

desvergüenza, el hablador) y proceden con rigor silogístico hasta su condena final. Los de La Bruyère, más literato que filósofo, acumulan párrafos de diversas extensiones y abundan en pérfidos retratos de personajes con nombres antiguos, como Egesipo o Mesalina. Los que me atrevo a añadir a esa ilustre galería toman lo que puedan de sus grandes modelos clásicos e incluyen la interlocución con un tú susceptible de ser lo mismo el lector que el *alter ego* del autor.

Lejos de mí el deseo de instruir a nadie con mis escritos; la idea piadosa (que parecen compartir Teofrasto y La Bruyère) de que la lectura es capaz de mejorar éticamente a los lectores no encuentra muchas corroboraciones empíricas en los sesenta siglos transcurridos desde la invención de la escritura. Tampoco pretendo predicar con el ejemplo; no critico y ridiculizo los defectos ajenos sino para lamentar y acaso redimir los propios. Pero cualquiera que analice la conducta del prójimo en sociedad se interna en los vericuetos de la moral y me declaro extraviado en ellos.

Según el prólogo (apócrifo) a sus *Caracteres*, Teofrasto los escribió a los 99 años. La Bruyère emprendió los suyos a los 43. A medio camino entre la ancianidad sapiente y la briosa madurez sólo ambiciono con los míos ofrecerle al lector eventual, sobre todo si le incumbe la vida literaria, un espejo de mano donde pueda examinar con otros ojos las imperfecciones de su propio maquillaje.

## El indignado

Desde 2006, si no un par de años antes, éste es un personaje ubicuo tanto en la república de las letras como en la república a secas. Todos conocemos por lo menos a un indignado. Todos hemos padecido o gozado por lo menos una vez el arrebatado de la justa indignación.

No faltan causas para indignarse. En este país inicuo y más que trunco siempre ha habido pobreza. Y crimen, organizado o no. Y corrupción de arriba a abajo de la pirámide social. E impunidad para los de arriba y para los violentos, que no por fuerza son los mismos. Y fraudes, electorales o de cualquier otra índole. Y descontento justificado. Y una elemental desigualdad. Pero nunca como ahora, salvo en los cataclismos revolucionarios, se habían visto tantos indignados.

A últimas fechas, quien tenga acceso a un mínimo de publicidad se indigna públicamente. La actriz de telenovelas donde no aparecen ni por asomo los motivos de la indignación. El cineasta cuyas películas, en sentido literal y figurativo, no son de este mundo. El narrador que novela al narco desde el baluarte de una beca del Estado. La poeta, becaria también y a mucha honra, que versifica la muerte. El funcionario cultural muy bien pagado que tampoco deja de cobrar sus emolumentos. El político de toda laya y partido que se confabula con otros criminales para medrar.

Y luego están los indignados de veras. Los que perdieron un hijo. Los que no saben si lo han perdido. Los hijos de buena o mala madre que siguen vivos y no tienen nada que perder. Y que por esa misma razón o sinrazón se ganan su público a punta de protestas y marchas y bloqueos y a veces de golpes y palos y pedradas y hasta incendios e in-

cluso linchamientos que, lo saben y no les importa, son nuevas causas de indignación.

Y más allá del bien pero no del mal se agazapan los indignantes. Los parásitos y depredadores que, con la complicidad activa o pasiva de los gobiernos y las policías y el ejército, y también sin ella, viven de la sangre de los demás. Los que extorsionan al prójimo. Lo amenazan. Lo secuestran. Lo torturan. Lo matan. Decapitan el cadáver. Lo cuelgan de un puente. Lo incineran. Lo desaparecen. Lo aniquilan con todo y su nombre propio y sus apellidos. Hacen lo que les dé la gana sin que los abajofirmantes indignados los mienten en sus denuncias colectivas. Sin que los manifestantes indignados los repudien. Sin que nadie, y no te excluyes, se atreva a exigirles la paz.

Tú no eres ajeno a la satisfacción implícita o explícita en el acto de indignarse en público. Te indignan la connivencia o la tolerancia o, en el mejor de los casos, la negligencia de las autoridades municipales y estatales y federales con los temibles indignantes. Te indignan la parcialidad o la necesidad o, en el peor de los casos, el oportunismo de ciertos indignados. Te indigna que la indignación sea selectiva, que la triste suerte de los de aquí indigne más que la triste suerte de los de allá. Pero, sobre todo, te indigna tu propia y no siempre ineludible indignidad.

## El crítico

Se dice que es un narrador frustrado. O un poeta frustrado. O un dramaturgo, un actor, un artista plástico, un músico, un cineasta, un bailarín, un etcétera frustrado. En pocas palabras: un creador frustrado.

Pero no estés tan seguro. Hay quien razona con buenos argumentos que la frustración, cierta frustración, es el origen de todas las artes. Hay quien alega con argumentos más tendenciosos que la crítica puede ser un arte. Y hay quien objeta con argumentos atendibles que se trata de un oficio redundante o superfluo, porque la verdadera obra de arte incluye en su ejecución una crítica en acto de las obras artísticas que la precedieron en el mismo género.

Lo cierto es que, sea cual sea el objeto de sus afanes, el crítico es un escritor. O para mayor exactitud: cree ser un escritor. Un autor de textos y de libros que, en su opinión, se sitúan en un plano de igualdad con los textos y los libros de los autores creativos. Y ahí empiezan los problemas. Y también las frustraciones.

Pues aunque las novelas surgen de otras novelas, y los cuentos de otros cuentos, y los poemas de otros poemas, y los ensayos de otros ensayos, y no hay libro que no venga de otros libros, la literatura crítica es doblemente derivativa. Es, como la hiedra o la sanguijuela, una entidad parasitaria. Con el agravante de que el parásito está convencido de que al elaborar su obra a partir de la tuya en realidad te hace un bien y cumple al mismo tiempo una alta función social. Sobre todo si su crítica es negativa, porque no tiene otro propósito que el de ayudarte a ser mejor. Como los padres que golpean a sus hijos para corregirlos.

Yomero Pino, un crítico amigo, se burla de ti porque sus críticas públicas a tu obra las resientes de manera personal. “Lo que importa son los libros”, te dice sonriendo después de afear uno tuyo en una reseña cruel, “no el ego”. Pero si tú observas en privado que su prosa abunda en ripios y es anticuada, Yomero se ofende contigo y te deja entrever que su próxima reseña será aún más dura.

Y peor todavía si le reclamas, asimismo en privado, que a otros amigos igual de buenos amigos o de malos escritores no los critique tan perversamente como a ti. Pues entonces, ya sarcástico, Yomero te espeta: “No sé por qué te crees inatacable; ni que fueras Borges”. Y tú vacilas en responderle que él tampoco es Harold Bloom. Y que además Bloom, soberbio y caprichoso como sólo un crítico se siente autorizado a ser, juzga que Borges, aunque grande, no es un creador.

¿Quién critica al crítico? No te animas a escribir contra Yomero inmediatamente después de que rebajó tu obra, para no parecer tan despechado como estás (o eso te dices). Tampoco escribirás contra él en una ocasión futura, para no malgastar tu tiempo en fruslerías (o eso te dices). Pero la verdad es que no lo criticas porque le tienes miedo. Porque esperas que su próxima reseña de algo tuyo sea benigna. Porque, sea o no sea un escritor frustrado, el crítico es sin duda un escritor frustrante.

## El becario

Este oficio, o acaso: esta profesión, o mejor: esta condición tiene antecedentes ilustres. Ninguno más alto que el de sor Juana Inés de la Cruz, beneficiada por dos virreinas. Sólo que Juana la cortesana no iba a la Corte virreinal a pedir favores, sino que la Corte iba a ella para favorecerla.

Otro antecesor notable de los actuales becarios es Diego Rivera, pensionado en 1907 por el gobernador porfirista de Veracruz para viajar a España y luego a Francia, donde asimiló las enseñanzas del cubismo, y en 1920 por el embajador obregonista en París para trasladarse a Italia, donde estudió las técnicas del muralismo que lo harían célebre.

Y hay que incluir en la lista de protobecarios a una serie de escritores de mayor o menor talento, que van en el último siglo desde Federico Gamboa hasta los narradores del *Crack*, pasando por figuras de importancia cierta como José Juan Tablada o José Gorostiza u Octavio Paz o Carlos Fuentes, todos ellos agraciados en algún episodio de sus vidas por la munificencia de esa precursora de los apoyos estatales a la creación artística: la diplomacia.

Herederos de una larga tradición de mecenazgo oficial, el becario de hoy comienza a pulular hace 28 años, con la instauración de un sistema nacional de creadores durante el sexenio del presidente más repudiado, hasta ahora, de los muchos que nos ha impuesto el PRI. No hay desde entonces artista que no haya sido becario o querido serlo. No hay artista que no crea merecer una beca. Y si es vitalicia, mejor.

El becario típico se inclina a la izquierda. Es decir: propende a justificar el usufructo de una beca con el razonamiento, susceptible de alcanzar la inflexibilidad de un dog-

ma, de que es deber del Estado corregir las injusticias del mercado. Y si la gente no compra mis libros, peor para la gente. Yo seguiré escribiéndolos mientras las instituciones me mantengan con el dinero de la gente.

Los problemas de conciencia empiezan para el becario cuando la discusión deja de ser impersonal. Cuando el óbolo de la gente, en abstracto, cobra la forma de un apoyo del gobierno. De este gobierno, en concreto. De una serie de individuos que pertenecen al mismo partido que el presidente.

Lo bueno es que siempre cabe distinguir, como hace Mario el becario, entre el Estado y el gobierno. Y alegar que las becas provienen del Estado. Y si te atreves a decirle que los crímenes también, Mario se indigna. Se encrespa. Te aclara, rabioso, que no es lo mismo. Pero enmudece si le pides de buena manera que te explique por qué.

Y es peor cuando Hilaria, emérita becaria, exige entre aplausos del público que los diplomáticos renuncien a sus cargos en protesta por las muertes y las desapariciones, pero ella no renuncia a su beca perenne.

Ni hablar. Ni cómo decir que para ti el Estado es una entequeia y sólo existen los funcionarios. Y si les aceptas el dinero, también estás aceptando el gobierno para el que trabajan. Y si tus ideas no coinciden con tu vida, cambia de ideas. O, cueste lo que cueste, de vida.

## El poeta del silencio

Una inspiración falsamente poética recomienda calificar a este personaje como “silente”: el poeta silente. Pero el epíteto podría sugerir que el individuo en cuestión es callado, y en los hechos ocurre todo lo contrario. El poeta del silencio se caracteriza por ser parlanchín.

Cuántas palabras, cuántas frases, cuántos párrafos, cuántas páginas dispendia en hablar de lo que, de acuerdo con sus propias certezas o convicciones, no se puede decir. La poesía verdadera (según proclama verbosamente en artículos y ensayos y presentaciones de libros, y según repite hasta el hartazgo en pláticas íntimas contigo) culmina en el silencio. Y tú te preguntas si entonces los poetas que se abstienen de callar son falsos. Y qué pasa con todo lo que escribieron los poetas verdaderos antes de que renunciaran a escribir.

Si escuchas con atención al menos común de los sentidos (que es, como sabía Descartes, el sentido común) oirás que el silencio, en sentido estricto, no existe. O se da sólo, hipotéticamente, en el vacío absoluto del espacio sideral, donde no hay moléculas susceptibles de chocar para transmitir las vibraciones de los cuerpos que se frotan unos a otros, ni mucho menos tímpanos para recibir esos imposibles mensajes sonoros.

El silencio es, por consiguiente, relativo. Una ausencia. Una falta de sonidos. Y si el poeta que habla tanto y con tal facundia de este fenómeno te dice que el silencio existe en la música, que es la condición *sine qua non* de la inefable verdad expresada en las notas, respóndele que ya John Cage demostró irrefutablemente, con su célebre composición titulada 4:35, que el silencio musical está poblado de toses

y carraspeos y crujidos de incómodas maderas y una que otra risa desinformada.

Es probable que entonces el poeta del silencio se remita a Hölderlin en la versión de Heidegger. Como si la demencia fuera un acto voluntario y no una tragedia personal. Como si la inanidad fuera un acto poético y no el anonadamiento de la poesía.

Y ya en caso extremo intentará convencerte con el ejemplo de Paul Celan. Como si el suicidio fuera la forma última de la retórica. Como si la muerte, y más si es por propia mano, llevara al muerto a otra cosa que a morir.

Y no sirve de nada que aludas a otros escritores que callaron por razones menos metafísicas que la búsqueda del silencio absoluto. Verbigracia: Shakespeare y Rimbaud, que abandonaron la poesía para dedicarse a hacer dinero. O más cerca de nosotros: Gorostiza y Rulfo, que dejaron de escribir en verso o en prosa porque ya no tenían nada que decir.

Y tampoco lo conmueve que te refieras a Wittgenstein, quien estableció con autoridad que acerca de lo que no se puede hablar es mejor callar.

Digas lo que digas, Dolente el poeta no silente insiste: no hay en literatura arte mayor que la poesía y no hay poesía más alta que la que acaba por prescindir de las palabras. Y tú razones, aunque prefieres guardar silencio, que si tu amigo piensa de veras lo que dice, debería predicar con el ejemplo.